

La Hoja Obrera

Publicación periódica de la
Organización Comunista Proletaria



“El enemigo es la clase obrera” De la Dictadura al Wokismo

Distintos estudios calculan que algo más del 65% de las víctimas de desaparición forzada durante la última dictadura argentina (1976-1983) fueron obreros, delegados gremiales y activistas de base. Es que la clase obrera constituía el sujeto antagónico clave para los “planes de ajuste” que venía a imponer el Terrorismo de Estado. Éste último, necesitaba desarticular el poder de organización clasista para facilitar la implementación de un modelo económico de desindustrialización y flexibilización que significó el comienzo de la etapa neoliberal del capitalismo argentino, que está llegando a su punto culminante con el gobierno de extrema derecha de Milei, que constituye la continuación del ajuste del peronismo menemista y de la derecha encarnada en el gobierno de De la Rúa primero y Macri después. Pero el broche de oro se impone a partir de la ideología woke y la penetración de la perspectiva de género, tanto en las movilizaciones populares como en toda la estructura del Estado, con el objetivo explícito de desviar toda lucha y reivindicación hacia causas individualistas, de minorías o parcialidades, de tal manera de correr a las reivindicaciones obreras totalmente afuera de la escena.

Durante el gobierno peronista de Juan Perón e Isabelita que va de 1973 a 1976 se da inicio al “Terrorismo de Estado” de la mano de la parapolicial Triple A, organizada por el Ministro de Bienestar Social, el diabólico José López Rega, alias “El Brujo” y del Operativo Independencia, avanzada militar en la provincia de Tucumán contra la insurgencia de los trabajadores del azúcar y organizaciones guerrilleras. Terrorismo de Estado que se profundiza y llega a su clímax genocida con la Dictadura que toma el poder el 24 de marzo de 1976 con la junta militar de Videla, Massera y Agosti. Y como el objetivo de la dictadura fue generar una gran transformación en la matriz productiva en las relaciones sociales de producción, la burguesía argentina no solo no estuvo exenta del golpe militar y el terrorismo de Estado, sino que incluso fue la promotora por cuanto sería la principal beneficiada. Así, la responsabilidad empresaria burguesa en la represión fue total. Las compañías se encargaban muchas veces de la inteligencia para que los “grupos de tareas” acometieran con violencia en los lugares de trabajo. Así, complicidad corporativa burguesa y represión militar fueron una sola cosa. Casos emblemáticos de esta colaboración fueron, por ejemplo, el centro clandestino de detención instalado dentro de la misma planta de Ford Motor en General Pacheco; o el caso de Mercedes-Benz en donde la represión a la comisión interna fue total. Al mismo tiempo, no podemos dejar de mencionar a Acindar en Villa Constitución (Santa Fe) cuando durante el Villazo de 1975, fuerzas paramilitares y parapoliciales reprimieron brutalmente y desaparecieron a decenas de obreros



metalúrgicos. Molinos Río de la Plata del consorcio Bunge & Borg fue otro caso emblemático, donde la represión se orientó básicamente a eliminar la protesta gremial en contra de la precarización laboral que llevada adelante la empresa. Podemos citar también los secuestros masivos y desapariciones en otras fábricas como Astillero Río Santiago, el tristemente clásico Ingenio Ledesma, el Hogar Obrero, etc. Las fábricas fueron militarizadas y los delegados eran secuestrados frente al resto del personal con el fin justamente de disciplinar al resto de los operarios. El resultado fue, miles de secuestros y desapariciones, una drástica caída en el salario real, el cierre de miles de pequeñas y medianas empresas, y una profunda transformación en la matriz de distribución de riqueza del país.

Caída la dictadura, y reiniciado el sistema de democracia burguesa, nos encontramos con la clase obrera combativo habiendo sufrido un muy fuerte revés, casi aniquilada. A pesar de esto, los distintos organismos y luchas por los derechos humanos poca relevancia le dieron a esta dimensión marcadamente anti-obrera de la dictadura, y establecieron la represión en tanto delitos humanitarios. En este contexto se da el gobierno radical de Raúl Alfonsín (1983-1989), que no estuvo exento de múltiples confrontaciones con una clase obrera que mantenía ciertas reivindicaciones tanto económicas (salarios y condiciones de trabajo) como políticas (antiburocráticas). La respuesta del gobierno fue ponerse siempre del lado de las patronales, como era de esperar.

Continuando con la democracia burguesa, el gobierno Peronista de Carlos Menem (1989-1999) marcó, de forma mucho más nítida, una continuidad diáfana con la política de transformación productiva anti-obrera de la dictadura. La clase obrera sufre una profunda fragmentación y debilitamiento como resultado de las políticas neoliberales. Las masivas privatizaciones de empresas estatales y la flexibilización laboral destruyeron empleos formales, dispararon la desocupación a más del 20% y dieron lugar al fenómeno de la "precarización" y el trabajo no registrado. El gobierno impulsó leyes que facilitaron la contratación temporal, redujeron las indemnizaciones y promovieron el trabajo a tiempo parcial. Los sindicatos, burocratizados en su mayoría, vieron debilitados aún más su poder de negociación en favor de los trabajadores, pero se constituyeron, aún más, en fuerzas políticas y económicas, a partir de consolidar el negocio de las obras sociales e ingresar ahora al de las jubilaciones privadas. La clase obrera iba quedando cada vez más desamparada. La fuerte desocupación lleva a la formación de organizaciones piqueteras, promovidas por fuerzas o bien populistas o bien neo-autonomistas en sintonía con las identificaciones anti-clasistas del zapatismo y su ideología de no tomar el poder caminando al paso del más lento. Comienza a su vez una transformación de los partidos de izquierda, que van abandonando la doctrina de la lucha de clases.

Durante el Kirchnerismo (2003-2015) se da una mejora cosmética de las condiciones de vida de la clase trabajadora, al mismo tiempo que una avanzada feroz en términos de cooptación de conciencias. Baja el desempleo a partir de una reactivación económica inducida primordialmente a partir de masivos subsidios estatales, no logrando reactivar un capitalismo productivo sobre sus propias bases sino solo a partir de dadivas del Estado.

Pero lo crucial del Kirchnerismo fue su contundente perfil "progresista", un especie de socialliberalismo populista en donde los ejes están puestos en la falacia de los valores democráticos burgueses y en la prédica de los derechos, que revestidos de bienestar social, son en realidad derechos identificados claramente con el credo liberal, aunque con una orientación a los sectores medios fundamentalmente y en algunos casos también populares. Del peronismo tradicional que organizaba a la clase obrera de manera corporativa para alejarla del fantasma comunista ni noticia, es decir, de la clase obrera ni noticia. Si el peronismo de Perón significó el sindicato peronista y la comunidad organizada del choripán, y el peronismo menemista fue la fiesta oligárquico-burguesa de las privatizaciones y desguace del Estado de la pizza con Chapman; el peronismo kirchnerista representó el plan para los excluidos, las cuotas para electrodomésticos y vacaciones para la pequeño-burguesía, una mística territorial de militancia maquilladamente solidaria y una avanzada feroz para desviar toda lucha de clase a partir del wokismo progresista.

Es que justamente, su liturgia se movía al son del lema liberal-populista de "la patria es el otro", otro sin clase ni sujeto específico, ya descartada la clase obrera como símbolo y como actor político. En su lugar, durante el Kirchnerismo se instala la nueva perspectiva de las identidades, la autopercepción, la perspectiva de género y la revancha al supuestamente vigente patriarcado. En definitiva, de lo que se trata es de la entrada en vigencia, de forma excluyente, de la ideología woke. Esto será posible gracias al accionar de grandes fundaciones, ONGs y las diversas estrategias



corporativas de diferentes medios, todo motorizado por el capital globalista internacional con sede en los EEUU, con especial vínculo con el partido demócrata. Partido éste último, con el cual el Kirchnerismo y toda su feligresía mantuvieron una especial simpatía. La principal materialización de la ideología woke se dio a partir de la instalación de la violencia de género como condición sine qua non de toda sociedad en donde vivan hombres (o sea, en la sociedad en su conjunto). La hipótesis principal consiste en plantear una opresión y explotación desde siempre hacia la mujer por parte de todos los hombres. Ante esto, llegó la hora de la revancha, la cual se concretiza, entre otras cosas, a partir de denuncias sin pruebas, de protocolos que rompen los principios jurídicos más básicos, y de dispositivos y mecanismos de cancelación, persecución y destrucción, tanto de los individuos masculinos así como de los lazos parentales y de trabajo.

El wokismo constituye una instrumentación de reivindicaciones justas en su promulgación inicial (derecho de los negros, las mujeres, y los pueblos indígenas) pero que fueron puestas, muy inteligentemente al servicio del gran capital. El objetivo es desviar las luchas desde la clase obrera, única capaz de hacerle daño al sistema capitalista, hacia contiendas y demandas que no alteran al régimen capitalista y que éste puede atender sin mayores inconvenientes. Al mismo tiempo el wokismo instala la disputa en la propia base popular y obrera al confrontar a los individuos entre sí, eliminando toda reivindicación clasista. La consecuencia es una especie de guerra de todas contra todos. También sucumbió a este encantamiento social liberal posmoderno casi toda la izquierda, sea trotskista en cualquiera de sus variantes, o maoísta, estalinista, post-estalinista, guevarista, y por supuesto el neo-autonomismo, promotor desde su origen de toda las perspectiva posmoderna. De una izquierda roja pasamos a una izquierda arco-iris.

Los gobiernos que le sucedieron dieron un fuerte giro a la cosmética redistribucionista del Kirchnerismo. Se fueron eliminando todos los subsidios y la política anti-obrera se instaló nuevamente como un objetivo explícito y ya sin eufemismos. Tanto el gobierno liberal-conservador del Macrismo (2015-2019) con una política represiva muy fuerte sobre la clase obrera, así como el Kirchnerismo residual de Alberto y Cristina (2019-2023) mantuvieron la política woke sin cambios, sino al contrario, la profundizaron. En el 2023 la mayoría del pueblo argentino elige a Javier Milei como presidente, quien había prometido aniquilar lo que quedaba de clase obrera organizada, a quien explícitamente definía como el enemigo junto al aparato estatal. Hasta el día de hoy la entrega de Milei al imperialismo yankee es total, y la desocupación, pérdida de ingresos y pauperización de la clase obrera avanza a pasos agigantados.

Llegamos entonces al presente con un panorama muy grave, en donde la clase obrera está fuertemente desmovilizada, y sus conciencias cooptadas por un lado, por la prédica individualista del sálvese quien pueda, al mismo tiempo que encorsetada por los mecanismos persecutorios woke que se impone desde el poder y el entorno progresista y de izquierda. Si bien el proletariado ligado al trabajo productivo, en general no se ha interesado por la campaña woke, si ha perdido, de forma mayoritaria, su capacidad de generar una conciencia de lucha como clase, es decir de constituirse como clara para sí. La consecuencia es obviamente quedar cada vez más a merced de los procesos de explotación y opresión del régimen burgués. En relación al trabajo improductivo, es decir estatales y servicios, ésta pérdida de conciencia se manifiesta de manera similar, pero la predica woke, de lucha de mujeres contra hombres, ha calado hondo, siendo los sindicatos de estas ramas uno de los principales estandartes de la ideología woke anti-obrera.

En definitiva, la clase obrera organizada y combativa viene sufriendo un ataque feroz, sin pausa y cada vez de mayor profundidad. El capital primero implementó un ataque directo y salvaje a partir de la desaparición de personas y la aniquilación de la resistencia obrera en las fábricas, para luego ir destruyendo el mercado de trabajo, generando precarización y desocupación. Finalmente el capital instala el dispositivo de disciplinamiento woke, de mano del progresismo y la izquierda cómplice, en base a muy perversos dispositivos de promoción de luchas intra-clase, de luchas entre los sexos. Así logra correrse como enemigo del pueblo, para establecer que ahora, el enemigo son los hombres y el patriarcado. Podemos decir que la victoria del capital es clara en estos momentos. Pero nunca podrá ser definitiva. De la clase obrera depende su recuperación como clase combativa y desde la **Organización Comunista Proletaria** a esto apuntamos.

“Proletarios de todos los países, Uníos!!!”

